



Joseph Marie Quérard, (Rennes, 1797, París, 1865), biblió[-grafo/-filo].

En ocasiones, no es la crítica, ni el público, ni las instituciones, ni siquiera el propio valor del texto, quienes condenan a un escritor a su naufragio en la marea de los libros; a veces, el propio autor se desdibuja, se hace desaparecer. A mediados del siglo XIX, la generosa producción editorial francófona adolecía de un mal peculiar: una fiebre carnavalesca se extendía como la peste. No debiera extrañarnos, pues, la aparición de un profesional de la caza de pseudónimos, un arqueólogo de la letra impresa: Quérard es un sabueso, la expresión máxima de un campo marginal de la bibliografía como es el desenmascaramiento de autores disfrazados.

Quérard sigue la estela de un puñado de investigadores; en Francia, el pionero fue Adrien Baillet, que publicó en 1690 *Auteurs déguisés sous des noms étrangers*, la primera obra dedicada a los escritores franceses ocultos bajo heterónimos. Pero, en particular, Quérard se considera continuador de la obra de Barbier, el ilustre bibliotecario de Napoleón que murió antes de poder terminar su investigación, y cuya obra se esfuerza en completar, como deja constar ya desde el título de su *Les Auteurs déguisés de la littérature française au XIX<sup>e</sup> siècle. Essai bibliographique pour servir de supplément aux recherches d'A.-A. Barbier sur les ouvrages pseudonymes*, de 1845. Bajo la expresión “autores disfrazados”, nuestro experto en

espectros aglutina diversos tipos de escritores: hijos avergonzados de la nobleza iletrada prerrevolucionaria, altos funcionarios y magistrados que temen comprometer su posición, autores con nombres malsonantes –como Cornu (en castellano, “cornudo”)–, morosos que quieren ocultarse de sus acreedores, o incluso, en el menor de los casos, autores fantasma que inventan los editores para publicar el mismo manuscrito varias veces bajo distintos títulos y firmas con el fin de atraer a un público ansioso de novedad.

Quérard ve en esta moda del

J. M. Quérard

travestismo una auténtica fiebre, un mal contagioso que, para la desgracia del historiador de la literatura, se extiende entre los escritores de la Francia decimonónica; y es que una fina línea separa la mascarada del fraude, y nuestro bibliógrafo se siente requerido por

las preocupantes circunstancias –recordemos que uno de los escasos artículos dedicados a Quérard se titula *Un Martyr de la bibliographie, notice sur la vie et les travaux de J.-M. Quérard* (firmado, por otra parte, bajo el nombre de Mar. Jozon D. Erquar, anagrama de Joseph-Marie Quérard). El gran carnaval de los autores disfrazados reclama un cazador despierto y dispuesto a la captura de fantasmas, y Quérard asume la tarea como una auténtica misión.

La primera edición de *Les Supercherries littéraires dévoilées* aparece entre 1847 y 1853; la segunda entre 1865 y 1878, bajo el título *Les Supercherries littéraires dévoilées, galerie des écrivains français de toute l'Europe qui se sont déguisés sous des anagrammes, des astéronymes, des cryptonymes, des initialismes, des noms littéraires, des pseudonymes facétieux ou bizarres, etc. découverts ou non; des auteurs apocryphes et supposés, des plagiaires et des éditeurs infidèles de la littérature française pendant les quatre derniers siècles, ensemble les industriels littéraires et les lettrés qui se sont annoblis à notre époque*. Las máscaras de estos autores, ya indiquen un mero divertimento o escondan perversos fraudes, pueden tomar varias formas, empezando por el anonimato o los pseudónimos, ya vengan dados por necesidad o fantasía del autor; algunos escritores prefieren ocultarse bajo anagramas, apellidos maternos en lugar de los paternos, iniciales, o adoptar el nombre del lugar de nacimiento, o alguna cualidad bajo la cual desee ser designado. Los escritores enmascarados no siempre se conforman con un solo *alter ego*, sino que en ocasiones disponen de varios nombres, a veces hasta diez identidades distintas para elegir en cada ocasión editorial. Para Quérard, el autor disfrazado es en realidad un

deudor en potencia, un probable criminal, que no piensa rendir cuentas con nadie, y por ello exige el desenmascaramiento de estos fantasmas para que asuman la responsabilidad de sus textos. En el prefacio de la primera edición leemos: *“La littérature actuelle est, a-t-on dit, une grande dame qui a ses jours de carnaval, et dont elle use jusqu’à oublier entièrement la dignité de sa mission: le bon goût et les saines lettres ne sont que trop souvent sacrifiés à son écart”*. El disfraz se ha convertido en fingimiento, la careta en impostura: el mero ocultamiento es siempre motivo de sospecha.

Las *supercherías* de los escritores representan un consciente intento de autoespectración, un ejercicio de desaparición de la figura del autor. Quérard no cree en esta suerte de emancipación del texto, porque es

demasiado peligroso como para vagar solo por la ciudad, y porque tiene un coste elevado para el público, que más de una vez no distingue entre artificio y fingimiento. La función primera de su labor taxonómica es establecer un mecanismo de control sobre la producción escrita, crear un registro civil, un empadronamiento en el que los textos sean reconocidos por sus progenitores. El peligro del disfraz no consiste sólo en la confusión de los historiadores: el carnaval representa la ruptura de toda norma, la única fecha de nuestro calendario que conserva el sentido original que tenía la fiesta en las religiones tradicionales; es un estado que no puede mantenerse por mucho tiempo porque es esencialmente autodestructivo. Sin embargo, y a pesar de los peligros de la mascarada, el carnaval no sólo procura

un ambiente tenebroso para dar cobijo a lo proscrito, sino un espacio rico en texturas y matices que alberga la fuerza del discurso en su pura textualidad, liberándole de la losa de la genealogía y oponiendo a la homogeneidad de las togas académicas un flujo incesante de novedosos atavíos: tal vez merezca la pena correr el riesgo de ser estafado. La ambiciosa labor de Quérard es en sí misma interminable; en ocasiones, es la crítica, o el público, o acaso el propio sentido del texto, quienes condenan a un escritor al olvido: el espectro libresco toma muchas formas, e incluso muchas veces lo es a su pesar. Por ello, la labor de hacerlos presentes siempre es actual; ya sea para rescatarlos o condenarlos, desmitificarlos o devolverles su brillo, practicar este exorcismo de la tinta es una tarea siempre pendiente.